

Mujeres y hombres fascinantes

Bufones y enanos

Entre demasiada y mengua

Monstruos no he hallado

Encuentro y recogida de monstruos

Isla de los Gigantes

Hombres Anteos y mujeres Pentesileas

Xideharas

Ayamanes enanos

Carohana

Caciques de los enanos

Enana de bella y buena proporción y figura

Se portaba mal y lloraba mucho

Pueblos Ayamanes

Vioroles

Montaña de los Ayamanes

Interés hacia la talla corpórea

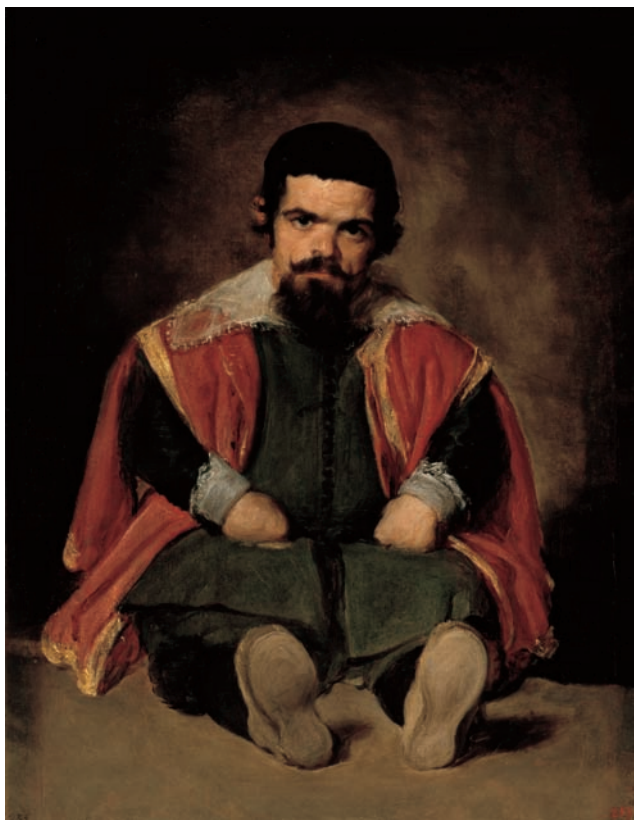
Una morbosa atención



LÁM. 123 Hombre sin cabeza, con rostro en el pecho, Girolamo Benzoni, *Americae Pars Quarta*, ilustraciones de Theodoro de Bry, 1599.

LÁM. 124 Hombre sin cabeza, con rostro en el pecho, Juan de MANDAVILA, *Libro de las maravillas del mundo*, 1521, edición facsimilar de Gonzalo Santoja, Visor Libros, Madrid, 1984, pág. 130, colección Biblioteca Nacional, Caracas.

REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 125 Diego Acedo «El Primo», Diego Rodríguez de SILVA y VELÁZQUEZ, óleo sobre tela, 1644, 107 x 82 cm, Museo Nacional del Prado, Madrid.



LÁM. 126 Sebastián de Morra, Diego Rodríguez de SILVA y VELÁZQUEZ, óleo sobre tela, 1645, 106,5 x 81,5 cm, Museo Nacional del Prado, Madrid.

XVIII. *La sensibilidad ante
la talla y lo descomunal:
a la búsqueda de
monstruos, gigantes
y enanos.*

(551)

Erica TIETZE-CONRAT, *Dwarfs and jesters in art*, Phaidon Publishers Inc., London, 1957. Incluye excelentes reproducciones escogidas con notas ilustrativas, págs. 85-111.

(552)

Hay ediciones españolas en 1521 y 1525 de la obra de Juan de Mandavila, *Libro de las maravillas del mundo*. Asimismo, circulaba la versión en latín *De Mirabilibus Mundi*.

(553)

Excelente desarrollo del tema en Fernando BOUZA, *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1991.

(554)

Juan Eusebio NIEREMBERG, *Curiosa y oculta filosofía*, Madrid, pág. 91. Citado por BOUZA, op. cit., pág. 18.

(555)

BOUZA, op. cit., pág. 27.

(556)

BOUZA, op. cit., pág. 87.

(557)

TIETZE-CONRAT, op. cit., págs. 15, 89.

- 1 En las cortes europeas de los siglos XV, XVI y XVII existía una gran fascinación en poseer seres que entretuvieran por su aspecto descomunal. Lo extraordinario, lo monstruoso, lo enorme o lo mínimo, atraían por su excepcionalidad. Estos seres por su improporción hacían posible que, por contraste con la normalidad corpórea, se percibiera mejor la proporción y la hermosura de quienes los rodeaban. Reyes, príncipes, infantas, nobles y cortesanos, a su lado parecían aún más majestuosos, agraciados y de buen parecer. —
- 2 En el lenguaje de la época los monstruos no eran sólo seres fantásticos que causaban espanto. El imaginario se plasmaba en la vida real de aquellos siglos en atracción hacia gente excesivamente grande o pequeña de talla, o que fuera extraordinaria, descomunal, que saliera de lo común, en cualquier aspecto corpóreo. Al tener estas características anormales e infrecuentes el ser monstruoso se transmutaba en el sentimiento de los ambientes palaciegos en un ser prodigioso. —
- 3 En Europa estos seres fuera de lo común eran conceptuados como mujeres y hombres fascinantes. Erica Tietze-Conrat expresó estupendamente la gran significación del papel de enanos y bufones, de delimitaciones difícil e imprecisas, en el arte del mundo clásico y en la esfera de la cultura europea. Sorprende la cuantía de artistas renombrados produciendo cuadros y otras obras de arte que engalanarían con figuras de enanos y formas grotescas las cortes europeas (551). En Castilla y Aragón también tuvieron gran importancia en sus respectivas cortes y palacios de la nobleza. El exótico gusto por las maravillas corporales, siguiendo los relatos de Juan de Mandavila, difundidos ampliamente en la península en varias ediciones latinas y en castellano (552), dominó en el coleccionismo monárquico a partir del siglo XV extendiéndose a los siglos XVI y XVII (553). —
- 4 Especialmente buscados eran los gigantes y los enanos, como lo refería en 1643 el tratadista jesuita Juan Eusebio Nieremberg en su libro *Curiosa y oculta filosofía*, debido a que hacían posible que «entre demasía y mengua se divisara mejor la hermosura y proporción de lo que es cabal» (554). Esta sensibilidad de la improporción se expresó continuamente en las obras de arte españolas. —
- 5 Diego de Velázquez pintó admirables cuadros no sólo de obesos personajes deformes, sino también gigantes de postín y enanos de gran poder en la corte de los Austria. Entre ellos a don Sebastián de Morra en 1645 y a don Diego de Acedo, denominado *el Primo*, tratamiento que daba el rey a los grandes de España en encuentros públicos y documentos oficiales (555). ¡Cruel ironía e insensibilidad en este apelativo de un grande para un hombre pequeño! —
- 6 Reyes y aristócratas siempre tenían cerca de sí a enanos y enanas, la mayoría de los cuales actuaban como bufones. Acompañaban a los reyes a los actos públicos más importantes. Está registrado que Velázquez pintó el estupendo cuadro de don Diego de Acedo en 1644, en Fraga, durante la jornada que Felipe IV hizo a la frontera de Aragón. Felipe II había marchado a Portugal en el siglo anterior con su divertida corte de enanos y enanas (556). Estremece el contemplar tres enanos bellamente vestidos con traje de corte en el palco real en el revelador y patético cuadro pintado en 1680 por Francisco Rizi sobre el rey Carlos II esperando un Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid ante penitenciados por el tribunal de la Inquisición (557). —
- 7 Gigantes, enanos, monstruos, truhanes, se reclutaban para palacios y residencias nobiliarias en hospitales, casas de locos y cárceles de diversas

ciudades españolas. Sin embargo, ante la creciente demanda de reyes y aristócratas, no bastaban los originarios de la península y debían importarse desde Flandes, Polonia, Lituania y otros sitios. Su precio siempre estaba en alza. Por ello, estos seres públicamente infamados tenían gran estimación, convirtiéndose en opulentas moradas palaciegas en objetos corpóreos preciosos de alto precio. —

⁸ No es casual que Cristóbal Colón informe en su carta a Luis de Santángel a la llegada de sus descubrimientos, lo mismo que en otra dirigida a Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón, que «en estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos, como muchos pensavan... Así que mostruos no he hallado ni noticia...» (558). En el caso de la arribada a Tierra de Gracia no dio detalles al respecto. —

⁹ Sin embargo, ello seguía estando presente en el imaginario y en la codicia de los monarcas de Castilla y Aragón, una de cuyas principales motivaciones en los descubrimientos se expresaba en la obtención de los valiosos monstruos. Ello es comprobado por el énfasis que se da para conseguirlos en las primeras capitulaciones para descubrimientos en el territorio que correspondería a la Venezuela Hispánica. En la Capitulación del 6 de junio de 1499 con Vicente Yáñez Pinzón se especifica que sacado el quinto real le pertenecían: «vos fasemos merced de toda manera desclavos negros o loros o otros de los que en españa son tenidos por esclavos e que por razon lo deven ser e asy mismo mostruos» (559). Similares términos en lo referente al encuentro y recogida de monstruos se expresa en la Capitulación del 5 de junio de 1500 a Rodrigo de Bastidas (560). —

¹⁰ Desconocida es la primera capitulación con Alonso de Ojeda para su exploración de 1499, aunque se puede conjeturar con grandes posibilidades de acierto que allí habría mención a la recogida de monstruos, lo que sí se señala en la segunda capitulación que se realizó el 8 de junio de 1500 al indicarse inequívocamente la mención a la traída de «mostros, animales o aves de cualquier naturaleza o cualquier calidad o forma que sean», prohibiéndosele en cambio traer esclavos (561). —

¹¹ En este contexto se explican las expectativas comerciales de Américo Vespucio al encontrar pretendidos gigantes en el territorio que hoy se expresa como isla de Curazao. Más aún, planteó secuestrar algunas de las gigantes para llevárselas como regalo a los monarcas españoles. Los sentimientos de Américo Vespucio quedaron testimoniados en su carta del 18 de julio de 1500 a Lorenzo de Medici en referencia a la **Isla de los Gigantes**: «Y navegando así, llegamos a una isla, que estaba lejos de la tierra firme a 15 leguas, y como al llegar no vimos gente y pareciéndonos la isla de buena disposición, acordamos ir a tentarla; y bajamos a tierra 11 hombres, y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él 2 leguas y media tierra adentro, y hallamos una población de obra de 12 casas, en donde no encontramos más que 7 mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fuese más alta que yo un palmo y medio. Y como nos vieron, tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señales nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar; y nosotros, viendo a mujeres tan grandes, acordamos raptar dos de ellas, que eran jóvenes de 15 años, para hacer un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes. Y mientras que estábamos en esto, llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie: en conclusión eran de estatura gigantes,

(558)

Carta de Colón a Luis de Santángel, 15 febrero 1493, en *Cristóbal Colón, textos y documentos completos*, op. cit., pág. 224. Existe una carta muy similar dirigida a Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón.

(559)

Capitulación de Juan de Fonseca con Vicente Yáñez Pinzón, op. cit., pág. 747.

(560)

Asiento de la Corona con Rodrigo de Bastidas, op. cit., pág. 2.

(561)

Asiento hecho con Alonso de Ojeda, Granada, 28 julio 1500, documento núm. 10 en M. FERNÁNDEZ de NAVARRETE, *Viajes por la costa de Paria*, op. cit., pág. 99.

XVIII. *La sensibilidad ante
la talla y lo descomunal:
a la búsqueda de
monstruos, gigantes
y enanos.*

(562)

VESPUCCI, op. cit., carta desde
Sevilla a Lorenzo de Medici
el 18 de julio de 1500, págs. 60-61.

(563)

Hermann GONZÁLEZ, op. cit.,
págs. 183-184. La mención de Vespucci
en op. cit., pág. 61.

(564)

Carta de Américo Vesputio a Pier
Soderini, 4 o 10 de septiembre 1504,
en VESPUCCI, op. cit., pág. 124.

(565)

Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje
en torno del Globo*, Editorial Francisco
de Aguirre, Buenos Aires, 1970.
La mención a aborígenes de gigantesca
estatura y gigantes en las págs. 21, 24,
26, 29, 38.

(566)

BOUZA, op. cit., pág. 187.
Da la referencia al testimonio
de la condesa d'Aulnoy.

(567)

Fray Prudencio de SANDOVAL,
Historia del emperador Carlos V,
Madrid, 1956, tomo III, pág. 171.
Citado por BOUZA, op. cit., pág. 60.

según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penteseila, y los hombres Anteos; y al entrar, algunos de los nuestros tuvieron tanto miedo que aún hoy no se sienten seguros. Tenían arcos y flechas y palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieron de estatura pequeña, comenzaron a hablar con nosotros para saber quiénes éramos y de dónde veníamos, y nosotros manteniéndonos tranquilos por amor de la paz, contestábamos por señales que éramos gente de paz, y que íbamos a ver el mundo» (562). —

¹² Ello quedó registrado en la toponimia, puesto que en el Planisferio de La Cosa se señala como Isla de Gigantes a la que corresponde a Curazao. Esta apelación de gigantes no fue una fantasía vespucciana con presencia de dantescos **hombres Anteos y mujeres Penteseilas**, puesto que han sido localizados por arqueólogos en Aruba restos de indígenas con alturas promedio de 1,80 m, superior a la de los españoles de la época del descubrimiento con alturas promedio de sólo 1,62 m (563). El mismo Vesputio en su carta a Soderini señala que la estatura de estos indígenas grandísimos era comparable, aunque de mejores proporciones, a la de su coterráneo florentino Franceso degli Albizzi (564). En los testimonios de los miembros de su tripulación siempre hay mención a las «islas de los Gigantes». —

¹³ Esta primera referencia a la presencia de gigantes en las Antillas no parece haber tenido un eco de importancia en España, tanto más que no se condujo ninguno de ellos a la metrópoli. En cambio, tuvo amplia difusión el mito de los gigantes patagones en América Austral, difundido por el italiano Antonio Pigafetta en su relato del encuentro con altos indígenas tehuelches en la expedición de Magallanes (565). Con toda seguridad los exploradores de las serranías y cabeceras del río Cuchivero habrán observado indígenas gigantes en el grupo norte de los panares, donde muy a menudo se encuentran hombres de una estatura de 1,90 metros. La demanda de gigantes del Nuevo Mundo para la corte española se materializó muy posteriormente, cuando en 1679 en su *Viaje por España* la condesa francesa d'Aulnoy cuenta que a Mariana de Austria, «le presentaron una gigante procedente de las Indias y en cuanto la vio la hizo retirar porque le daba miedo. Sus damas quisieron que danzara semejante coloso, que sostenía en cada mano una enana que tocaba las castañuelas y la pandereta» (566). —

¹⁴ Enanas y enanos eran aún más requeridos por la fascinación de su talla mínima e ingenio mordaz. El papel de estas personas pequeñas en entretenimientos cortesanos y acompañantes de infantes niños los hacía sumamente valiosos. Asimismo, eran exhibidos por diversión enjaulados en ciudades y pueblos españoles, sucediéndose sentimientos encontrados, lo que se registraba en 1543 al señalarse el caso de un hombrecillo pigmeo de 30 años y de no más de tres palmos de altura exhibido por unos portugueses en Castilla: «ganaban con él largamente los que le traían porque todos deseaban ver cosa tan monstruosa. El pobre enano tenía buena razón y discurso, y sólo algunas veces se le veía lamentarse y llorar cuando se burlaban de él» (567). —

¹⁵ El excesivo gusto y alto precio por la posesión de enanos debió incidir en su búsqueda por el conquistador Nicolás Federmann. La fama de indígenas ayamanes como enanos le despertó su curiosidad a los pocos meses de haber arribado a Coro en 1530. En septiembre llega desde Coro al territorio de los **xideharas**, jiraharas, culminando su incursión en el pueblo de Hittoua, desde donde comenzaba el territorio de los ayamanes,

divididos en dos grupos: los mezclados con **xideharas**, que habitaban ambas vertientes del río Tocuyo, y los que se conservaban sin cruce, los **ayamanes enanos**, que habitaban la sierra de Matatere. En esta zona transicional de Hittoua, al norte del río Tocuyo, en el campamento de Federmann se tuvo el primer contacto con la etnia ayamana, donde reconoció a los primeros enanos: «llegaron hacia las ocho de la mañana un **cacique** y sesenta hombres y mujeres sin armas, como acostumbraban cuando querían demostrar que eran amigos. Y aunque este **cacique** o señor no era de pequeña estatura como los enanos que, como se dirá después, encontramos, trajo algunos de éstos consigo, de los cuales había algunos que tenían cinco a seis palmos, a lo más de estatura» (568). —

- ¹⁶ En este primer contacto, más otros que se sucedieron en los cinco días siguientes, llamó la atención del conquistador alemán que estaban mezclados individuos de diversa talla, proporcionándosele interesantes noticias acerca de esta situación, fruto de contracciones territoriales desencadenadas por un antiguo mal, probablemente una peste que no debe ser confundida con la viruela: «vinieron muchos **caciques** o señores de muchos **pueblos** o aldeas [...] Y aunque todos pertenecían a la nación de Avamanes y enanos, con todo, encontré entre ellos algunos hombres y mujeres de mejor disposición y buena altura de cuerpo. Y habiéndoles preguntado la razón de esta diferencia y reparto, me contestaron y dijeron que años atrás, según recordaban sus mayores, sobrevino una gran y general mortalidad entre esta nación de Ayamanes, que por entonces habitaban exclusivamente la región sin mezclarse con otras naciones, con una enfermedad que se llamó **Vioroles**, parecida a la nuestra «Urschlecht» aunque en todas las Indias nunca hasta entonces hubo peste; de aquella enfermedad murió tal cantidad de Ayamanes o enanos que ya no resultaban suficientes para defender sus tierras de los enemigos y se habían visto obligados a confederarse con algunos pueblos y con sus habitantes, sus enemigos los Xideharas, que habitaban más al norte, y casarse con ellos; por cuyo motivo en este lugar algunos eran de mejor disposición y tenían mayor estatura y el cuerpo más alto y grande» (569). —
- ¹⁷ Sin embargo, también le dieron noticias de la existencia de indígenas de baja estatura que se habían conservado sin mezclas con otras etnias en sitios más recónditos: «Me avisaron, empero, que a cuatro jornadas de aquel pueblo estaba el país habitado sólo por enanos y gente de baja estatura, y que no se había mezclado con ninguna otra nación» (570). Ante esta noticia Federmann se motivó en conseguirlos, siendo muy preciso al respecto: «Habiendo averiguado todo esto y otras cosas que necesitaba para proseguir mi viaje, me puse en camino hacia (el territorio de) los dichos enanos» (571). —

(568)

FEDERMANN, op. cit., pág. 45.

(569)

FEDERMANN, op. cit., págs. 46-47.

(570)

FEDERMANN, op. cit., pág. 47.

(571)

FEDERMANN, op. cit., pág. 47.

- ¹⁸ A principios del mes de octubre en la continuación de esta exploración, Nicolás Federmann cruzó el río Tocuyo por el paso Camayata, intentando penetrar en el espacio geográfico de la sierra de Matatere, que él denominó **Montaña de los Ayamanes**, donde se encontrarían los pretendidos enanos. Sin embargo, al llegar al piedemonte de una áspera formación montañosa, probablemente las montañas Parupano, abandona el proyecto, justificándose por motivos geográficos, físicos y humanos: «Habiendo recorrido cerca de una milla y llegando al pie de una áspera montaña, donde era difícil y peligroso llevar caballos, decidí desistir (del viaje). Vimos que la montaña seguía siendo muy abrupta y salvaje, y si ya entonces teníamos que abrirnos **paso** o camino, luego tendríamos que hacerlo cada media milla y nuestro viaje duraría demasiado. Además, los

XVIII. *La sensibilidad ante
la talla y lo descomunal:
a la búsqueda de
monstruos, gigantes
y enanos.*



LÁM. 127 «La Concha Sierra Nevada», «El Espanto de la Sierra Nevada» (izquierda), Cristian Anton GOERING, *Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee*, Leipzig, 1893, colección Biblioteca Nacional, Caracas.



LÁM. 128 «Páramo de Mucuchies», Cristian Anton GOERING, *Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee*, Leipzig, 1893, colección Biblioteca Nacional, Caracas.

enanos podrían darse cuenta de nuestra llegada y hostilizarnos desde las alturas o abandonar sus poblaciones, y así, al alcanzar sus pueblos, no los hubiéramos encontrado y nuestro viaje habría sido inútil; porque en la montaña podían fácilmente esconderse sin que pudiéramos llegar hasta ellos o, tal vez, sólo en lugares en que esto pudiera ocurrir con más daño y peligro para nosotros que para ellos. Tampoco podíamos esperar ser recibidos por ellos como lo habíamos sido por los **indios** de esta misma nación que ya habíamos pasado, pues no nos conocían ni habían oído hablar de nosotros sino más bien como enemigos que, habiendo gozado de un auxilio odioso y repugnante de otros indios, venían para hacerles daño» (572). ─

¹⁹ Emotivamente, atempera esta frustración con sentimiento, aunque señala en su impulso descubridor que ello no lo puede distraer en su fin básico de alcanzar lo que hoy es el océano Pacífico: «Además yo había tomado este camino para ver esta nación, atraído por la fama de su curiosa pequeñez, que fue lo único que me había motivado a hacer este viaje, nada útil para el propósito que teníamos, que era alcanzar el Mar del Sur o del Mediodía, y no era posible atravesar aquella montaña, sobre todo a causa de los caballos, que más nos hubieran estorbado que ayudado a conseguir una victoria sobre los enemigos» (573). ─

²⁰ Sin embargo, Federmann realizó un último esfuerzo utilizando para ello a miembros de su expedición. Acampó y envió el 4 de octubre a un capitán con 50 peones para que se internase en la montaña y capturase el mayor número de enanos con instrucciones bien precisas: «Así envíe a un capitán con cincuenta hombres a pie, bien pertrechados y con un intérprete de esta nación, para que me trajesen a los enanos con amor y amistad o por la fuerza» (574). ─

²¹ Al día siguiente la hueste retornó con un botín humano pese a la gran resistencia que encontró en estos indígenas de pequeña estatura: «Llegaron tarde por la noche y trajeron unas ciento cincuenta personas, hombres y mujeres, que habían capturado al asaltar un pueblo distante cinco millas de donde estábamos, pues los habitantes se habían defendido, negándose a venir a visitarme voluntariamente. En la refriega murieron muchos, y también algunos cristianos resultaron heridos. Además, cuando los cristianos emprendieron la vuelta ya con los prisioneros, les había seguido una gran multitud a fin de arrebatárselos, y desde las montañas y alturas que sabían ocupar como gente conocedora del terreno, hirieron y lastimaron a muchos cristianos, así como a los prisioneros que se hallaban repartidos entre éstos» (575). Testimonio, desde la óptica del adversario, del valor y solidaridad de estos pequeños indígenas malnutridos y virtualmente desarmados. ─

²² La contemplación de los prisioneros de baja estatura decide a Federmann a dejar a la mayoría en libertad, puesto que por su talla no podían ser utilizados como cargadores: «Los indios eran todos de pequeña estatura y, como ya me habían dicho, no se habían mezclado con otras naciones. Los más altos eran de cinco palmos y algunos de cuatro, pero bien proporcionados de cuerpo con relación a su altura. No pudimos servirnos de esta gente debido a su pequeña talla, aunque los hubiéramos necesitado urgentemente, pues comenzaban a faltarnos cargadores para llevar los equipajes de los cristianos, porque los **indios** que yo había traído de Coro habían huído casi todos y vuelto a sus casas. Les hice bautizar y decirles, como había hecho yo con otros, todo lo que favorece la paz» (576). La estatura de 4 o 5 palmos equivale a 90 o 115 centímetros. ─

(572)

FEDERMANN, op. cit., pág. 49-50.

(573)

FEDERMANN, op. cit., pág. 50.

(574)

FEDERMANN, op. cit., pág. 50.

(575)

FEDERMANN, op. cit., págs. 50-51.

(576)

FEDERMANN, op. cit., pág. 51.

XVIII. *La sensibilidad ante
la talla y lo descomunal:
a la búsqueda de
monstruos, gigantes
y enanos.*

(577)

FEDERMANN, op. cit., pág. 52.

(578)

FEDERMANN, op. cit., págs. 52-53.

(579)

FEDERMANN, op. cit., pág. 133. Nota de Juan Friede, también lo difunde en FRIEDE, *Los Welser*, op. cit., pág. 596.

(580)

Alfredo JAHN, *Los aborígenes del occidente de Venezuela*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1973, tomo II, pág. 43. Otras indicaciones en las págs. 45, 46: «es notable la frecuencia con que todavía hoy ocurren las tallas pigmeas entre los descendientes puros de los indios Ayomanes y Gayones del Estado Lara. La enana María Melo de San Miguel, descendiente de la tribu ayomán... tenía para 1916 90 años de edad y medía 111 centímetros de talla. Descendientes de los Gayones y provenientes de Arenales, entre Barquisimeto y Carora, eran los hermanos Alejandro y Lola, quienes visitaron Caracas en 1907 y medían 115 centímetros el varón, de 25 años de edad y 112 centímetros la hembra, de 21».

(581)

JAHN, op. cit., tomo II, pág. 44.

- 23 Federmann luego pasa al pueblo de Carohana, sitio mucho menos árido, abundante en mantenimientos y caza de venados y dantas. Aquí permanece hasta el siete de octubre, siendo visitado por varios caciques de los enanos que le ofrecen la paz y le solicitan el retorno de diez rehenes que Federmann continuaba secuestrando. Para ellos recibe presentes y a una indígena enana: «Excusáronse que habían venido armados a causa de sus enemigos, y que esto les era necesario para volver a casa. Me dieron algunos presentes o regalos de oro. El cacique o señor me presentó y regaló también a una enana de cuatro palmos de altura, de bella y buena proporción y figura, que dijo ser su mujer, pues esto es habitual entre ellos para confirmar la paz» (577). —
- 24 Aquí encontramos un testimonio del sufrimiento de la pequeña indígena: «La acepté a pesar de que se portaba mal y lloraba mucho, porque creía haber sido regalada a demonios, pues por éstos nos toman, y no por hombres. Llevé esta enana conmigo hasta Coro, donde quedó, pues no quise sacarla de su tierra, porque ella, como los demás indios, no viven mucho tiempo fuera de su patria y especialmente en tierras frías» (578). Su fragilidad impide al conquistador llevarla al Viejo Mundo como hubiera sido su deseo. Aquí encontramos el sentimiento del otro, la indefensión de la capturada, la sensibilidad de la desesperación, de lo cual han quedado muy pocas huellas. —
- 25 Es controversial el tema de la existencia de indígenas enanos, aunque hay otra referencia documental, que ha sido difundida por el historiador Juan Friede: «Aunque la existencia de los «enanos» se considera fruto de la fantasía del conquistador y, para comprobarlo, se aduce la falta de semejantes noticias en los Cronistas coloniales y en la relación del Licenciado Tolosa, hemos encontrado un dato que confirma lo alegado por Federmann. Así, en la carta que los oficiales Reales de Coro escriben el 6 de octubre de 1533 (Archivo General de Indias, Sec. Santo Domingo, leg. 206), el contador Antonio de Naveros, acompañante de Federmann en su jornada y su enemigo personal, declara que a 4 ó 5 leguas del sur de Coro entraron en una sierra «muy montuosa, y toda ella estaba poblada de una nación de indios llamados Caribes y Xideharas, y en cierta parte de ella hallamos unos enanos que no llegaban a la cintura de un hombre de mediana estatura». Dice que Federmann trajo «dos hembras de ellos, y son de otra nación que se llaman Coyones»» (579). —
- 26 A este respecto es sugestiva la visión del reputado antropólogo Alfredo Jahn en visita al terreno a comienzos de la década de 1910: «En la actualidad suelen verse algunos individuos con talla de verdaderos enanos, procedentes de Parupano, Moroturo y San Miguel del antiguo territorio de los Ayomanes y también los hemos visto en Arenales y El Cerrito, cerca de Quíbor, que fueron antiguamente residencia de los indios Xaguas y Gayones» (580). No parece aventurada su interpretación posibilista geográfica al asociar la pequeñez de la talla con las difíciles condiciones alimenticias y escasez de recursos en su modo de vida: «La gran aridez de toda aquella región, su gran escasez de agua y, en consecuencia, la alimentación escasa y poco variada, pobre en elementos fosfatados, pudieron ser en el principio la causa determinante de individuos enanos, que luego la selección natural, o sea la inclinación a buscarse y unirse, por razones de compatibilidad física, multiplicara considerablemente...» (581). —
- 27 En la Venezuela Hispánica hay testimonios de interés hacia la talla corpórea. En 1778, en Turén, el obispo Martí afirmaba haber conocido a una mujer de tamaño excepcional, que según los cálculos del académico

Carlos F. Duarte medía cuando mucho un metro con noventa centímetros. Anota otro caso de gigantismo de una muchacha de Maracay «que se lleva una vara y media, y calza de calzado inmenso, que no se sirve de las botas de su prometido». A su vez, en 1817, un carpintero desde el hato de Guanayén, en la jurisdicción del Alto Llano, solicitó dispensa matrimonial con su prima «que es de notable parecido con los enanos, por ser pequeña, y con una joroba, pero trabaja con sus manos, y es de hábitos honestos» (582). —

(582)

DUARTE, *La vida cotidiana*,
op. cit., tomo I, págs. 163-164.

(583)

DUARTE, *La vida cotidiana*,
op. cit., tomo I, pág. 164.

(584)

Gaceta de Caracas, núm. 172,
miércoles 11 febrero 1818, tomo VII
de la edición facsimilar de la
Academia Nacional de la Historia.

²⁸ Se mantuvo una morbosa atención hacia lo monstruoso. En 1798 se prestaba para el cotilleo el nacimiento de una criatura, «monstruo formal con dos caras formales, pero sin división de cabeza. Nació medio muerta, pero se logró darle el Santo Bautismo y murió a pocos momentos» (583). En la atención pública que se prestaba a estos seres se puede observar que incluso en los reducidos espacios de la *Gaceta de Caracas* se daban noticias al respecto, aun de ultramar:

— — Francia. París 25 de octubre. Acaba de nacer en una casa de la calle de Beamburgo un niño monstruoso, que tiene además de otros miembros duplicados, diez dedos en cada mano (584).